

PALMAR AL JABALI

Un enviado de Hombre viajó a El Palmar para cazar jabalíes con cuchillo. Una tarea para baqueanos entrenados que matan para mantener el ecosistema balanceado. POR PABLO GALERIE / FOTOS: PG Y GENTILEZA WEEKEND

"NO ME GUSTA CAZAR CON FUSIL. CON CUCHILLO ES MAS LEAL, PORQUE LE ESTAS DANDO AL JABALI LA CHANCE DE DEFENDERSE"

A comienzos del siglo pasado, los estancieros del este de Entre Ríos trajeron los jabalíes en barcos desde Europa. El objetivo era que se reprodujeran para luego cazarlos. En 1966, la región de El Palmar se convirtió en Parque Nacional, y a partir de entonces, el jabalí fue una especie protegida. Amo y señor de los matorrales litorales, estaba en la cima de la cadena alimenticia (a diferencia de en su hábitat de origen, donde pueden ser capturados por osos o lobos), y se reprodujeron sin merma. A mediados de los 90, las autoridades del parque descubrieron que había cada vez menos palmeras. Los jabalíes se las comían. Aristóbulo Maranta, intendente del Parque, es de los que saben el porqué: "Se devoran las raíces y son capaces de comerse palmeras de hasta un metro de altura. Y para llegar

a ese tamaño la planta tarda en crecer tres años".

La solución recién llegó en el 2005, cuando se empezó a aplicar un plan de caza selectiva. No había alternativas.

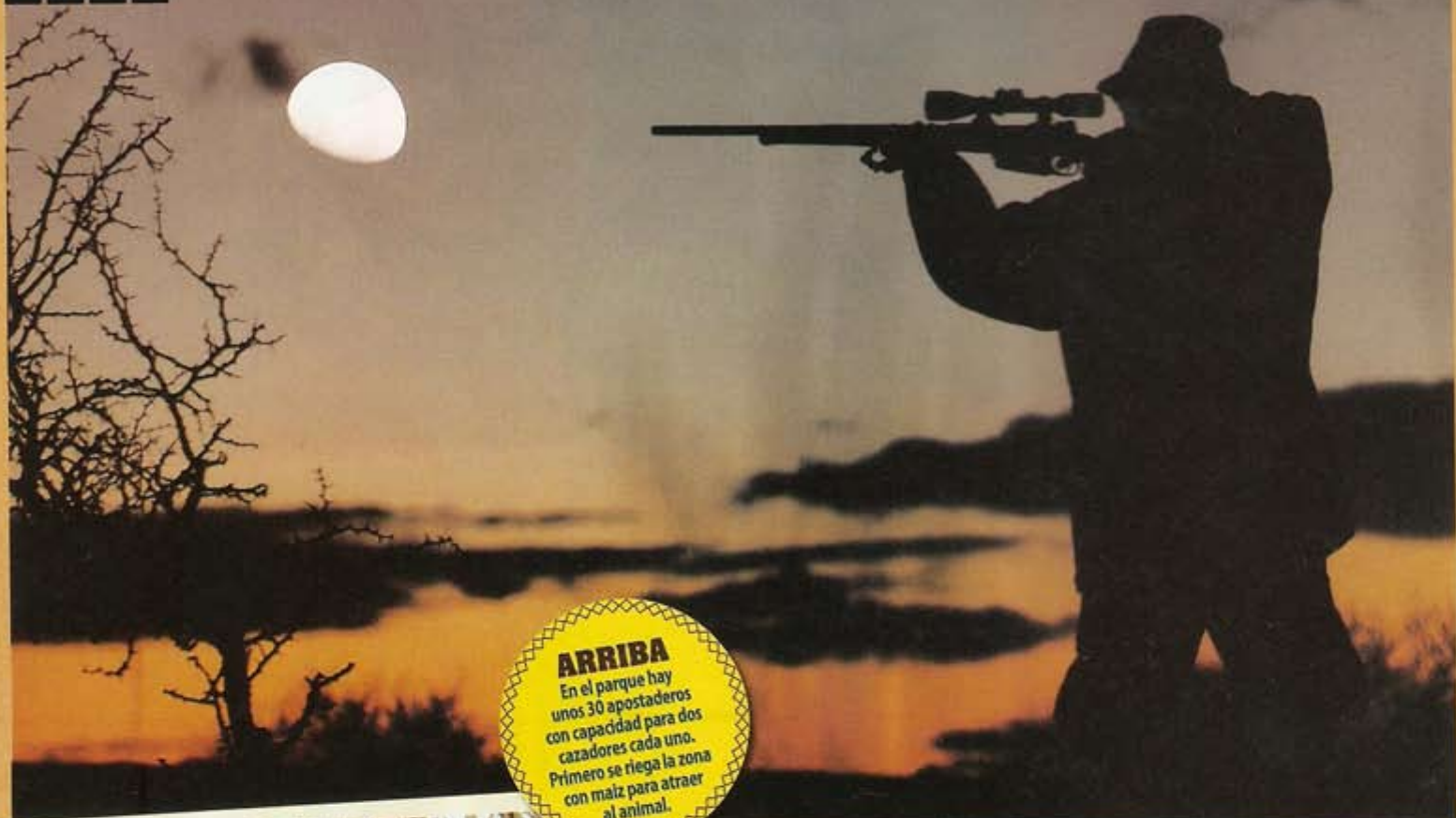
A LA VIEJA USANZA

Es de madrugada, el sol todavía no asoma y el frío cala en los huesos. Jorge Heindenrich -51 años, 20 de cazador, un baqueano que vive de changas

agropecuarias- como todos los sábados ensilla su alazán mientras sus nueve perros aullan entusiasmados. Antes era un forajido sui generis que se dedicaba a cazar jabalíes con perros y a cuchillo para comer la carne. Ahora es uno de los tantos cazadores que se integraron al plan selectivo, amparado por las autoridades del parque. "A la furtividad le sentíamos un gustito especial, porque teníamos que escondernos de los guardaparques. Además, cazábamos de a pie, no a caballo como ahora. Entonces teníamos que tener un estado físico espectacular y correr a lo loco, antes de que el berraco nos mate a los perros". A su lado está Juan Ballay, guardaparque de 32 años y coordinador del programa. "Los guardias de antes tenían un perfil más milico. Si encontraban a un furtivo agarraban los perros y quizá hasta los



"Una hociquada de jabalí", señala Jorge.



ARRIBA

En el parque hay unos 30 apostaderos con capacidad para dos cazadores cada uno. Primero se riega la zona con maíz para atraer al animal.

Cazadores a cuchillo: se hacen cargo.



"ESTO NO ES CAZA POR DEPORTE, ES UN PLAN POR EL FUTURO ECOLÓGICO DE EL PALMAR", ACLARA ARISTOBULO MARANTA, INTENDENTE DEL PARQUE.

mataban", dice. Hoy salen juntos de aventura. Mientras la selva entremiana engulle a los cazadores, rodeados de altísimas palmeras de 80 metros de largo y 200 años de vida, Jorge explica que hombre, caballo y perros forman un todo indisoluble. Adelante va "El Ljumi", un cruce de galgo con dogo que es el perro rastreador. Detrás va una manada de galgos cruzados con mestizos, perros más ligeros que deberán correr, morder y encerrar al chanco. Último marcha Toquinho, un pitbull de temer que tendrá que aguantar al jabali con su mandíbula hasta que el cazador llegue a toda velocidad a caballo, se pose por sobre la bestia y le clava el puñal por detrás de la paleta directo al corazón. "Cuando el chanco sintió el cuchillo se acabó la pelea. Por más grande que sea no se resiste más. Pero hasta que no lo siente te pelea a muerte", cuenta Jorge, con gesto ansioso.

PUÑAL EN MANO

"A mí no me gusta cazar con fusil, es muy fácil. Estas en un mangrullo tranquilo, aparece el bicho, disparas y listo. En cambio, cazar con perros y cuchillo es más leal, porque le estás dando al jabali la oportunidad de huir, de defenderse. Te puede atacar a vos o matarte un perro", asegura el baqueano. Es que en la actualidad, la caza con fusil ha superado al filo como principal técnica para derrumbar a los jabalíes (ver recuadro). Los cazadores de a cuchillo siempre sostienen que a diferencia de los que cazan con armas de fuego, ellos se hacen cargo de la muerte de sus presas, porque sienten el cruji de los huesos cuando penetra el puñal y se manchan con la sangre de sus víctimas. Jorge ordena cambiar el rumbo. Decide enfilar monte arriba, tanteando a la suerte.

LA CABALGATA CONTINUA

"Esa es una hociqueada de jabali", señala Jorge la tierra removida y susurra para que su presencia no lo delate. "El Ljumi", el perro rastreador, hace unos minutos que desapareció. Eso es una buena noticia: encontró el rastro de la bestia. Los cazadores hacen silencio. De repente, el resto de los perros empiezan a ladrar y salen a toda velocidad. Por allá, entre una nube de polvo, arbustos, pastizales y palmeras caídas, se escucha chillar un chanco. Jorge, de un rebencazo apura el galope. Al llegar ante la escena, se posa sobre el jabato y aparta con ademanes y alaridos a los perros. Desenvaina su puñal, que penetra las carnes del jabali. El jabali ya no grita. H

A FUEGO

Otra de las modalidades de caza que se aplican en El Parque Nacional El Palmar -siempre bajo el control de las autoridades- es con fusil y desde apostaderos, que son parecidos a las torres de madera de los fuertes de las películas de cowboys. Durante una semana los cazadores dejan reposar un cebo -generalmente maíz fermentado-, que por su olor intenso atrae a los jabalíes. Durante dos días se suspende la cebada y pocas horas antes del comienzo de la cacería se reinicia, para tentar al chanco. Entonces, dos cazadores se parapetan en el apostadero -hay 30 en todo el parque-, uno con un fusil y el otro con un potente foco de luz. Cuando escuchan un ruido -unas fuertes pisadas o el engullido de la bestia- cada uno cumplirá su función: el que tiene la luz, iluminará; el que posee el fusil, disparará; y el jabali, según la puntería, morirá.

